

# DE LA JUVENTUD

mente, sin un pero de más ni de menos. Todo joven, máxime en esta época, tiene todas las posibilidades de morir de viejo.

Mas hay en nuestro tiempo un desballestar muy generalizado en las cosas del espíritu—pura confusión y antiespiritualismo—que hace que muchos se refugien en el verde que te quiero verde de la más escueta biología. Viejo lugar común como otros muchos que se advierten hoy por tantas partes. ¡Qué importa que la juventud, tal como generalmente solemos entenderla ahora, sea, en buena parte, un invento de Hitler! (un invento un tanto bélico que su descubridor utilizó en la guerra caliente y sus imitadores—los hay para todos los gustos—, tratan de utilizar en interminables guerras frías); y, en parte, también, una vez silenciadas las armas, invento de una sociedad opulenta en la cual la juventud, si en buena medida ha perdido el sentido patrio de lo heroico, no ha renunciado a su mimado afán de “vedette”, aunque muchas veces lo sea de la manera más absurda. Puro biotipismo en ambos casos, entre sentimental y arbitrario, con sus buenas dosis de irracionalismo e inmadurez, tan a tono con un natural reacio a todo control del intelecto. En el fondo es algo siempre vago, arremolinado, incapaz de forma y concreción, protesta desbordada ante todo lo que pudiera analogarse con un sentido del orden que, inevitablemente, se inclina hacia lo trágico, cosa que suele acontecer cuando lo vital desborda los fueros del espíritu.

Desde que los técnicos del vitalismo, más o menos racista en unos casos, más o menos encuadrado o “mondain” en otros y más o menos violento o crudo, casi siempre, comenzaron a dar con el botafumeiro en las narices de la juventud, de la mera juventud, pocos se han librado de las consecuencias de este culto tan sanguíneo como temperamental. Se tiende a confundir la espontaneidad con la autenticidad, la sinceridad con la verdad, la juventud con la vida... Nada más explicable, por tanto, que la palabra educación haya perdido mucho de su prestigio. Hasta los malos modales se han hecho televisivos e internacionalmente adulados. ¿Por qué extrañarnos de que los alumnos, más que maestros quieran autogobierno y de que esta frase esté de moda en todo el mundo: ir contra lo establecido? Es la norma de conducta adaptada perfectamente a esa mimada espontaneidad, por otra parte tan fácilmente explotable cuando a la postre resulta tan irreflexiva como sin domesticar. Es más, casi siempre proyectada por otros que precisamente no suelen ser jóvenes. En el fondo, pensándolo bien, existe en toda esta cuestión un gran equivoco. No hay juventud. Hay juventudes: una obrera, otra campesina, otra formada por los “hijos de papá”, otra que no es nada de nada... Ni siquiera sabemos de ella en dónde empieza y en dónde acaba. ¡Hay tantos jóvenes barbudos, tantas personas maduras con espíritu descocado, tantos ancianos con almas de roble...! Pero todo esto es lo episódico. Debe importarnos más que se haya querido hacer del equivoco una industria internacional. O dicho con palabras de Curtius: que se rinda esta

clase de culto a la mera juventud, que no significa ningún mérito, sino pura fatalidad. Nadie negará que ser joven importa lo suyo, y esto es atendible y, sobre todo, apasionante y bello; pero también tiene algo que hacer la educación.

Por todo ello me parece que, en la tan agitada cuestión universitaria que se airea en las páginas de nuestros diarios, han acertado más quienes sostienen con sorna que nuestra juventud “ama el lujo, tiene malos modales, menosprecia a la autoridad y no tiene ningún respeto a los mayores...”, que algunos de nuestros sesudos varones cuyas declaraciones reproduce con evidente compunción y patética congoja la Prensa extranjera. Estos sesudos varones suelen confundir aquello que debe distinguirse. Aunque reconozcamos la complejidad de nuestra situación universitaria y la esmerada atención que merecen siempre los estratos más jóvenes de la sociedad, hay actos que por sí solos se de-

finen. Como reza una vieja sentencia escolástica, las cosas se denominan por lo que tienen de más principal (“res denominantur a potiori”). Y lo más principal que puede señalarse en nuestros jóvenes ahora, a nuestro entender, es esa especie de fetichismo, adulación o culto que, durante estos últimos años, se le ha rodeado. Prueba de ello es que continuamos hablando —y esto en demasía— de inquietudes, nuevas fronteras, nuevas conciencias, y de tantas otras novedades o actividades abocadas por lo general a consumirse en sí mismas, con lo que, en el fondo, cuando no jugamos a jóvenes halagamos a la juventud y rendimos tributo a la verdadera enfermedad del siglo. Pues es cosa archisabida, si bien frecuentemente olvidada, que en el pensamiento, en el arte, en la misma acción, la inquietud es lo perecedero y la serenidad lo inmortal.

Vicente MARRERO



T. S. ELIOT

# EL FETICHISMO

**N**O abundan figuras de gran prestigio académico como Ernst Robert Curtius que tanto se hayan preocupado de divulgar las obras de valores nuevos, por lo general de autores desconocidos más allá de los límites de sus países. Se ha visto ahora con claridad cómo le movía, más que una curiosidad de aficionado, el entusiasmo del descubridor esforzado en hacer compatible la fidelidad a lo antiguo con la comprensiva simpatía hacia lo más reciente. Era ésta seguramente su nota más característica. Por ello le gustaba repetir el pensamiento de Salisbury: "Lo antiguo sin lo moderno es como un valladar ante el que siempre se tropieza; lo moderno sin lo antiguo, en cambio, es frivolidad profunda e irremediable." Pues nada menos que de Ernst Robert Curtius son estas palabras de las postrimerías de su vida sobre el culto a la juventud: "En ninguna moral ni cultura espiritual del mundo se considera un mérito la mera juventud. Solamente fuera de escalas de valores meta-

físicos puede darse ese hecho: en épocas de decadencia."

Sorprende que sea precisamente Curtius quien califique de fetichista esta especie de culto cuando, es la verdad, su labor académica contrastaba con la de sus más célebres colegas, por la atención que dedicó siempre a lo que eran absolutas novedades. Pero resultan conmovedoras e incuestionables sus palabras de jubilo que ha seguido el panorama que le brindaba la cultura universal, desde el refugio romano elegido por él para sus últimos días. Precisamente en la Ciudad Eterna este ilustre hijo de un pastor protestante, después de llamarla su amada, quería permanecer y radicarse, como en efecto hizo, pues en ella cerró definitivamente sus ojos. Así, el último Curtius que conocemos, en especial el que conversaba con Gustav René Hocke, mira desde una atalaya única en el mundo con perspectivas de lejanía y expresa, entre otros, pensamientos como éstos, dignos de incesante meditación: "En lo nue-

vo, muchas cosas ya no nos dicen nada. Al menos, ya no como el aroma de una flor o como la lógica de una manifestación convincente. Falta la buena voluntad, el querer acercarse, ya desde el nacimiento de algunas obras de arte actuales. Las más nuevas caen fácilmente en lo abstruso por falta de sentimientos hondos y auténtica espiritualidad. Lo que es arte no se podrá definir nunca. Pero donde falta el pensamiento y el espíritu, la deficiencia consciente se evidenciará como estéril y engañosa." Son palabras de un anciano que tiene en su cuenta el haber divulgado entre un gran número de buenos europeos las primicias de algunos nombres, cuando todavía para muchos no eran lo que hoy sabemos que representan: James Joyce, T. S. Eliot, Guillén...

Durante su larga y fecunda trayectoria, Curtius ha asimilado muchas cosas, algunas muy trilladas, aunque con frecuencia las olvidemos: la vitalidad sin espíritu es estéril. Lo mismo que el espíritu sin vitalidad. La aceptación sin crítica del presente es tan limitada como la alabanza sin crítica del pasado. Está bien aquello de que se es más crítico sin ser reaccionario, pero también es cierto que no se aspira al progreso a base de ir sólo con la moda... Variaciones todas ellas sobre un mismo pensamiento, y pensamiento éste de verdadera madurez, pues ni la juventud ni la vejez, del mismo modo que ni la novedad ni la antigüedad, son, en definitiva, lo que cuenta, sino únicamente la verdad, siempre antigua y siempre nueva, con su sombra de eternidad que abarca en acto a todos los tiempos, siendo esencial y necesariamente la más antigua y la más moderna de todas las cosas; o para decirlo con el habla salerosa de nuestro fray Luis de Granada: "Ni la vejez es parte para participar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno, sino en todo y por todos hinca los ojos en los méritos de las cosas y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser más incurable; y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino ser menos conocida."

Sin embargo, a juzgar por las preferencias con que solemos guiar nuestros afectos o gustos, se tiene la impresión de que ese culto a la verdad ha ido cediendo terreno ante una agobiante y un tanto irreflexiva cronología que ha terminado por entronizar el culto a la juventud en el lugar que ahora se halla. Culto del que hombres como Curtius se sintieron tan desengañados, de manera similar a como le sucedió a nuestro Ortega, entre nosotros el pensador que más halagó a los jóvenes, aunque con posterioridad diera marcha atrás en sus entusiasmos.

Sin embargo no cesan de sucederse los nuevos Faustos, verdaderos herejes que de experimento en experimento martirizan y ciegan limpios manantiales a fuerza de oscuras magias y turbias seducciones, rebelándose, en definitiva, contra los fueros de otras entidades más importantes e incuestionables, con el coqueto propósito de que no les llamen viejos o anticuados. Temor el más paralizante entre todos los que nos rodean en este tiempo nuestro tan aterrizado. Pero se sucederán las rebeliones y la juventud se encontrará muy lejos de dejar de ser lo que siempre ha sido. Exacta-



JAMES JOYCE